

VENEZUELA: CULTURA Y SOCIEDAD A FIN DE SIGLO

Juan Liscano

Si tuviera que resumir en un subtítulo elocuente lo que expondré en esta honrosa intervención inaugural, este rezaría así: Venezuela, de la Transculturación a la Dependencia.

Hay transculturación cuando se establecen intercambios culturales, cuando se operan mezclas que producen simbiosis y ósmosis entre las culturas, cuando el sincretismo puede llevar a la investigación de los diferentes orígenes étnicos y sociales. La cultura occidental es obra de intercambios entre los más diversos pueblos, unos autóctonos en relación con invasiones ulteriores, como sucedió con las llamadas indo-europeas. En las transculturaciones pueden convivir, como en la India, cultos, cosmogonías y mitologías diversas hasta formar un nuevo cuerpo cultural. Sería el caso del helenismo.

La dependencia tiene elementos de transculturación o aculturación pero predomina ostensiblemente el imperialismo económico, político y cultural, en forma frecuentemente impuesta o bien producida por la endeblesz autóctona, la corrupción de las costumbres, los gobiernos títeres, la incoherencia social. Sería el caso de las sociedades africanas desbaratadas por la Trata, la colonización, la explotación brutal de las naciones y los gobiernos europeos. Hoy los países africanos recibieron la Independencia pero el trauma sufrido desde el siglo XIV en que se inició la Trata hasta después de la Segunda Guerra Mundial, no ha permitido procesos de reintegración y desarrollo. Esos países siguen siendo coloniales pese a la Independencia. El orden original fue destruído y no pueden volver a él, pero fuerzas atávicas impiden, por otra parte, que tomen un camino de desarrollo al igual que algunos países asiáticos, tal el Japón.

El proceso formativo de la implantación hispano-lusitana fue transculturativo, después del Descubrimiento, con rasgos estudiados no siempre con

objetividad. Por ejemplo, entre la visión de Claude Levy Strauss, uno de los fundadores del estructuralismo antropológico, en su famosa obra *Tristes Trópicos* de 1955, y el nuevomundismo utópico de Juan Larrea y Waldo Frank, o el nacionalismo retórico de Darío en algunos poemas americanistas o la visión ariélica de Rodó, existe un abismo difícilmente franqueable.

Limitándome a Venezuela, tal como lo pide este Simposio, vuelvo de decir que pasó de procesos transculturativos desordenados, a la Dependencia sumisa hacia Estados Unidos, no sólo porque esta gran potencia profesa una política de predominio (*el Destino Manifiesto*), sino porque el desarrollo transculturativo venezolano fue espontáneo en el campo agrario, obra de siervos y esclavos, después de campesinos y peones, cuyas manifestaciones y creaciones rituales nunca despertaron interés en los estamentos sociales más altos y tampoco en los gobiernos, generalmente de iletrados trepadores prevalecientes desde la Independencia. Los gobernadores españoles, con honrosas excepciones tal don Vicente Emparán, admirado por Humboldt como genuino representante de la Ilustración, no tenían la función de fomentar la cultura popular. Eso quedaba a cargo de la Iglesia, la cual hizo mucho en ese aspecto, revistiendo de catolicidad festivos orgiásticos o irreverentes, paganos o agrícolas, formados en el terruño con presencias transculturadas europeas, africanas e indígenas.

Tuve la iniciativa, en mi juventud, de ser uno de los pioneros en el estudio de la Cultura Popular Tradicional de Venezuela, la cual me reveló sus secretos, magias, supervivencias, creaciones y realidades sincréticas. Hoy en día, la dependencia y la transculturación negativa traídas por la tecnología audiovisual, sobre todo por la T.V., simple receptor de videos norteamericanos de comercialización amoral pues constituyen, en general, expresiones del culto de la violencia por la violencia misma, han alterado, globalmente, valores, jerarquías, tradiciones, comportamientos de la población de menores recursos, afectando también en la misma forma, a los estamentos superiores y, en particular, a la juventud alienada de espectáculo, consumo, modas norteamericanas.

El Descubrimiento fue un hecho fortuito determinado por un conjunto de circunstancias convergentes en ese fin del siglo XV y de ninguna manera proyecto civilizador preconcebido. Confluyeron a ese encuentro con tierras desconocidas: subyacencias arquetipales y culturales de la Antigüedad y de la Edad Media; los viajes de Marco Polo y las fábulas de falsos viajeros como Sir Jhon de Mandeville; el creciente tráfico marítimo mediante el desarrollo de la cartografía y de técnicas de navegación perfeccionadas entre las que cuenta mucho la fabricación de embarcaciones aptas para larga travesía; el interés comercial por vincular a Europa, al Papado, a las Coronas, a los banqueros, nuevas regiones y sociedades; el humanismo antidogmático renacentista; la afirmación de una nueva monarquía fanáticamente católica como los Reyes Fernando de Aragón e Isabel de Castilla; personalidades ambiciosas y tenaces

como Cristóbal Colón, ducho en travesías marítimas. Arciniegas señala que el Papa Inocencio VIII financió el planisferio de Henricus Martellus, divulgado en 1489, inspirado en la cartografía china, en el que aparece prefigurado el Nuevo Mundo. De lo expuesto extraigo la conclusión de un ensayo publicado en 1979, donde señalo que la formación de los grandes mitos del Nuevo Mundo, entre ellos el Dorado situado en la Guayana venezolana, se desprenden del inconciente colectivo europeo y se aculturán en el Nuevo Mundo con aportes indígenas mitológicos, cosmogónicos y mágicos.

La transculturación hispano-indígena-africana no sólo creará la entidad de mitos arquetipales universales, sino del folklore, en sus aspectos literarios, plásticos, ceremoniales, anímicos. La población de fantasmas y aparecidos será numerosa: Sayona, Dientona, Animas Solas o en cortejo, carretones nocturnos con su carga de esqueletos, tal como los pintó el fúnebre y genial intérprete de la España Negra, José Gutiérrez Solana; monjes errantes, luminarias de almas en pena, procesiones de encapuchados, descabezados portando sus cabezas, Lloronas, niñas de la niebla, enanos, gigantes, leñadores y hachadores espectrales, animales maléficos: la Mula "manía", el Potro del Demonio, el Mocho de Martín Gala "que el que lo monta, lo paga", el Caballo Blanco, el Caballo de la Media Noche; el Salvaje medio bestia y medio humano que rapta a las mujeres lavadoras en ríos, quebradas y lagunas, las monta a un árbol y les lame la planta de los pies para que no puedan huir; María Lionza, Madre de Agua aborígen, sincretizó su imagen caquetfajirajara en la belleza españolísima de la emperatriz Eugenia Montijo, esposa de Napoleón Tercero. Hoy en día, el culto de María Lionza es una inmensa encrucijada de aculturaciones, las unas de origen venezolanas, las otras arropadas por la **Santería** cubana, de origen **yorubano**, el culto a Changó desprendido de aquélla y, rondando por las islas caribeñas de lengua inglesa, el **Vodú** haitiano y sus dibujos simbólicos, prácticas fragmentarias de espiritismo, budismo, fakirismo traídas por **culíes** trinitarios o por gurúes itinerantes, lecturas desordenadas de revistas o manuales de brujería. La corte original se ha multiplicado. Ese mundo ancestral responde al inconciente colectivo puesto al descubierto por el genial Carl Gustav Jung y se complementa con las fiestas rituales de procedencia agraria, tal los velorios de la Cruz de Mayo, los toques de tambor de San Juan, las ceremonias de la Navidad particularmente varidades en los estados andinos, el tradicional entierro de la Sardina, los diablos de Corpus Cristi, las Locainas, los festejos de San Benito negro, el extraordinario Tamunangue en honor de San Antonio de Padua, con sus siete sonos, su esgrima de garrotes inicial y su salve final. Estas festividades rituales respondían al trabajo agrícola anual y los santos invocados estaban relacionados con los frutos y las fiestas patronales.

En el campo literario oral, la poesía se ciñe a formas preceptivas tradicionales (coplas, décimas, romances octosílabos rimados o asonantados) y los cuentos están marcados por su procedencia principal indígena, africana o hispánica, según se refieran a animales, personas, picaresca o hechos

sobrenaturales. En la actualidad, lo crematístico turista, la deformante T.V. y la pérdida de funcionalidad agraria, han debilitado la vigencia de estas manifestaciones y en cambio, la pantalla chica con sus videos norteamericanos de terror, vampirismo, satanismo, violencia sanguinaria demoniaca, propicia la confusión entre lo tradicional sobrenatural y la exposición audiovisual de perversiones mayores sádicas con muchos efectos tecnológicos impresionantes. Recientemente, en la ciudad de Mérida, cundió el pánico por desapariciones de personas y la denuncia de sectas satánicas relacionadas con aquéllas. Lo más espectacular en esas degeneraciones ha sido el caso de unos falsos santeros creadores del *Palo Mayombe*, culto sanguinario que contó, antes de que lo descubriera la policía, 14 víctimas sacrificadas y descuartizadas por una pandilla de homosexuales vinculados con el consumo y la venta de drogas establecida en Matamoros, ciudad mexicana de la frontera con Estados Unidos. La pandilla se suicidó o fue detenida cuando la policía descubrió el cementerio de asesinados. Mezclando burdamente términos de brujería y santería, dos cosas muy distintas, e inspirados por la película *The believers* de John Schelessinger — a esto quería llegar —, montaron sus ceremonias sanguinarias. No se trata aquí de transculturación sino de aberrante dependencia del mundo audiovisual, de la droga y de la violencia.

Entre las artes y las letras venezolanas y la cultura popular tradicional, la relación ha sido más bien desigual, y si bien las manifestaciones folclóricas han servido para ambientar determinadas producciones muy logradas en la apreciación objetiva estética y estilística, inclusive espectacular, no ha habido penetración cultural profunda y creativa en lo anímico y arquetipal, salvo Rómulo Gallegos. Lo que ha prevalecido en la narrativa venezolana ha sido lo social, histórico y político. Actualmente los narradores trabajan con lo psicológico, lo existencial, lo imaginario, lo surreal, sin prestar mayor atención a las expresiones del folklore, las cuales, en el caso de ser utilizadas, cumplen una función decorativa. En el campo de la poesía, se advierte un sentimiento telúrico más propicio a captar esencias de lo tradicional, del ámbito paisajístico, de la naturaleza, como se nota en algunos libros de Vicente Gerbasi. Por otra parte, se cuenta con poetas como Alberto Arvelo Torrealba, quien usando los moldes populares de la coplería, del corrido y de la décima, penetró intensamente en sí mismo y en el sentido del paisaje. No fue el único y el más conocido es Andrés Eloy Blanco y sus *Palabreos*. Sea como sea, la poesía se acercó más a la espontaneidad telúrica de la cultura popular y del paisaje, que la narrativa selecta, distinta del costumbrismo.

Rómulo Gallegos es el novelista que ahondó más en el proceso transculturativo venezolano, desde los más diversos puntos de vista: naturaleza y ciudad (las decimonónicas o de principios de siglo), lenguaje, psicología, paisaje, sociología, historia, poesía, simbología, arquetipos y prototipos. Gallegos tomó consciencia de la realidad de la Venezuela agraria y, además, fue más allá

cuando creó prototipos que podían tener contenido arquetipal como en el caso de Doña Bárbara, Juan Crisóstomo Payara, Marcos Vargas, Luisana. Gallegos fue profesor de psicología en la perezosa Caracas de las dos primeras décadas de este siglo, lo cual lo llevó a crear personajes contradictorios o demasiado unilaterales, sin existencia auténtica, los cuales de todos modos cumplen una función reveladora de la criollidad y del carácter nacional. Un aspecto que conviene destacar, en medio de esta dependencia destructora del lenguaje como tenía que ser, ya jerga anglocriolla, es el modo de hablar del campesinado admirablemente recreado por Gallegos, con las elusiones metafóricas, lo oculto dado a vislumbrar por momentos, lo pensado y retenido, la resonancia imaginística, la vinculación con labores agrícolas o de pastoreo. La jerga actual urbana e insuficiente, siempre estereotipada, “chucuta” para usar una expresión generalizada, entrecortada por la incapacidad de frasear (lo mismo que la música heavy rockera), aconceptual, resulta difícil para una elaboración estética; tiene un valor más bien documental. Quizás por eso, la mejor poesía de los años 60 para acá buscó modelos foráneos y rehuyó la temática americanista y telúrica, lo cual tuvo su contraparte en una poesía que copiaba el habla callejera y se despojaba de cualquier metafísica o trascendencia. En el fondo, se trata de la oposición entre la esencia y la existencia, el ser y el ente, que la filosofía no pudo resolver.

El Estado venezolano sólo existe nominalmente. Lo que prevalece y lo que decide es el gobierno de turno. Los gobiernos se montan sobre el pedestal del Estado para dignificar sus decisiones rara vez concebidas por estadistas calificados. Desde la Independencia hasta nuestros días, gobernar ha sido sobre todo aprovechar para sí mismo, para los suyos, para la causa identificada siempre con el progreso del país, el erario nacional. Cualquier proyecto de obras públicas, de minería, de siderúrgica, hidroeléctricación o asistencia social y educativa, da lugar a comisiones y sobrepagos que van a parar a las cuentas de los jefes políticos y de los validos del régimen, de los generales, de los jefes de los cuerpos de seguridad. El sistema dictatorial, y es lo que se ha puesto al descubierto desde la implantación de partidos populistas o social-demócratas, resulta más barato porque los favorecidos son menos numerosos que la militancia burocratizada.

En Venezuela y en el aspecto apuntado, la experiencia ha sido concluyente: ninguno de los gobiernos republicanos anteriores tuvo el ingreso de la democracia hegemónica bipartidista inaugurada en 1959 y ninguno elevó el gasto público, la deuda interna y externa, la ineficacia y la dependencia, al grado actual. Los tres primeros gobiernos democráticos (Betancourt, Caldera y Leoni) si bien crearon la estructura verticalista y partidista imperante, se cuidaron de escándalos de corrupción administrativa, pero desde el advenimiento de la generación de relevo, en 1974, con Carlos Andrés Pérez, no hubo más pudor en el reparto del ingreso nacional para jefes del partido y para los

fondos de funcionamiento, cada vez más dispendiosos, del aparato político, de las elecciones, de la publicidad y propaganda, de las cúpulas gremiales y sindicales, de los costos para mantener la clientela, mientras se desmoronaba la prestación de servicios.

Aunque duela decirlo, la democracia, en Iberoamérica, se confunde con el reparto de cargos públicos para la militancia, de modo que las elecciones revisten vehemencia, no por asuntos ideológicos, sino porque se trata del propio ascenso personal. En los países democráticos desarrollados, las elecciones no implican la colocación burocrática de la militancia partidista, sino cambios en determinadas esferas administrativas y ejecutivas. En Iberoamérica, aquéllas traen la rebatifa de los cargos públicos. Desde ellos se preparan las operaciones de peculado, negociado, cohecho, complicidades. Esa fue la interpretación de la fórmula leninista: "Todo el poder para los bolcheviques". El partido substituyó sin eliminarlos, a los soviets. Se creó una inmensa burocracia. Estamos viendo el fin de esa estructura verticalista de poder.

Los partidos iberoamericanos que, hacia los años 30, se propusieron la transformación de nuestros países y la elevación de las masas miserables, — APRA, A.D., M.N.R., — precedidos por el P.R.I. mexicano, modelo seguido para gobernar, pecular, endeudar a la nación, sin problemas, y luego por el Justicialismo peronista, se inspiraron en cuanto a la estructura partidista, en el Partido Comunista; en cuanto al sistema reformista, en el Partido Revolucionario Institucionalista mexicano, en el poder desde hace 60 años. El indiscutible genio de Betancourt ideó algo nuevo: la alternabilidad del bipartidismo, imitando a sí el juego bipartidista británico y estadounidense. Pero mientras en las sociedades desarrolladas, las elecciones se efectúan discretamente, cuestan menos y no implican rebatifa de cargos, en Venezuela el objeto mismo de las elecciones consiste en invadir y repartirse los cargos públicos. Tanto A.D. como Copei, desde la era betancourista, llegaron al acuerdo de reservar siempre una cuota importante de poder para el otro compañero, el que pierde. Y así anda Venezuela, en medio de una descomposición hipócrita, porque la propaganda tapa la realidad y desde el Presidente de turno hasta el lidercillo de barrio, han aprendido a mentir. A cuanto mayor crítica y desastre, mayor afirmación falaz de eficacia y buen gobierno. Siendo como es el profesionalismo político tan dominante, el país entero vive pendiente de esa actividad y el desarrollo cultural si bien tiene asignaciones regulares, muy por debajo de los que aconseja la UNESCO, se toma en cuenta como algo muy secundario y hasta ornamental. No forma parte de la idea del poder. Por lo demás, con raras excepciones, los políticos que han dominado nuestra historia republicana, son iletrados, aunque sepan leer y escribir. Lo suyo no es instruirse sino saber manipular los factores de poder. A la antigua oligarquía, enamorada de la cultura europea secular, refinada por sus viajes a Francia, Italia, Inglaterra, ha sucedido una plutocracia generalmente de arribistas protegida por el bipartidismo hegemónico. Más que empresarios, testaferros de jerarcas y de partidos. Se ha creado una nueva clase

favorecida. La vida cultural dormita a la sombra del poder democrático.

Para entender bien a Venezuela, hay que conceder máxima importancia, como lo he hecho yo quizás en exceso, al estallido social de la guerra de Independencia que dividió violentamente a la población y degeneró en una degollina general decretada, por lo demás, como guerra a muerte. Lo fue, y también guerra civil desintegradora, destructora, como lo señaló Laureano Vallenilla Lanz, donde hicieron erupción los resentimientos raciales y sociales, las desigualdades de castas, los instintos de venganza, de rapiña y saqueos, y de trepar. La tan elogiada vocación de igualdad y movilidad de la sociedad venezolana nunca se fundamentó en principios sociales ecuanímenes ni en el trabajo privado productor, sino fue consecuencia de la guerra a muerte, de ese episodio sangriento sin igual en la historia de Iberoamérica, rica, sin embargo, en esa clase de violencia fruto de resentimientos sociales. Un cuarto de la población pereció. Todo combatía contra todo. Mantuanos, pardos, peones, esclavos republicanos contra mantuanos, pardos, peones y esclavos realistas. No había tregua. La victoria se inclinó hacia los realistas. Caudillos españoles brotados de una clase intermedia de comerciantes y traficantes en ganado, interpretaron y atrajeron a la mayoría de la plebe: llaneros, siervos, negros, esclavos. No trabajaban en verdad para la Corona sino para sí mismos, nueva versión de conquistadores. Boves fue el más destacado de ellos. Conocía al pueblo llanero porque negociaba ganado como intermediario. Con estos reseros formó un ejército invencible y si no se convirtió en amo de Venezuela, probablemente para su jefatura personalista, fue porque murió en una batalla. Asturiano de nacimiento, Boves fue llamado por Juan Vicente González, el primer jefe de la democracia venezolana. Su crueldad y su carisma eran y siguen siendo legendarios. Francisco Herrera Luque escribió su biografía novelada. Resultó ser uno de los pocos "best sellers" internacionalizados de nuestras letras.

Bolívar fue uno de los extremistas aristócratas y republicanos que desataron la tormenta. No pudieron controlarla. Bolívar murió exiliado. Su ideal grancolombiano naufragó en el nacionalismo de los restos de la oligarquía que había conseguido un nuevo caudillo: el bárbaro llanero José Antonio Páez, civilizado por sus consejeros mantuanos. Fue el campeón del conservadurismo. Venezuela se separó de Colombia, emprendiendo su propio camino. El Congreso elaboró un proyecto constitucional liberal. Mas no se podía esperar de una sociedad tan revuelta por dentro, el gozo de la institucionalidad. La sangrienta guerra federal barrió a la oligarquía del poder. Después se iniciaron las guerras civiles por predomios de caudillos. Desde la Independencia, la vía de ascenso no era el trabajo privado productivo sino la guerra. El poder político se dominaba por la fuerza y por la fuerza se mantenía. Transiciones pacíficas casi nunca las hubo. Fallecido Juan Vicente Gómez, después de 27 años de mando directo o indirecto, se iniciaron gobiernos mediante elecciones

indirectas. Acción Democrática quiso perfeccionar el sistema democrático. Se alió con militares y dio un golpe de Estado. Después fue derrocada por otro golpe de Estado seguido de una década autoritaria. Después otro golpe de Estado la devolvió al poder. Ahora, en vez de caudillismo individual impera el caudillismo partidista. El mes pasado, A.D. cumplió 50 años. Ha pasado 28 años en el poder. El gran proyecto estatista, nacionalista y populista de adcentamiento administrativo, reforma agraria, mejoramiento y expansión educativas, prestaciones globales de servicios, control de la inversión pública y de los contratos llega, hoy, después de 28 años de ejercicio del poder, al mayor dispendio administrativo padecido por la República, a la corrupción institucionalizada e inmune a cualquier condena gracias al control del orden jurídico mediante jueces y magistrados del bipartidismo, al abandono de la agricultura, a la crisis educativa más grave pues se sacrificó la calidad en aras de la cantidad, y la formación en provecho de una información insuficiente y atropellada, al desmoronamiento de todos los servicios públicos: higiene y salud, urbanismo, hospitales, teléfonos, correo, seguro social, y lo más grave, seguridad personal. El hampa constituye la guerrilla avanzada de alguna explosión por acontecer. La deuda crece a pasos acelerados, la inflación también y la entrega a las multinacionales. Las recetas del Fondo Monetario no se pueden aplicar porque no hay productividad ni producción importantes, ni exportaciones salvo la de las materias primas las cuales nos venden a costos más elevados. Sin embargo el sistema estructurado a la manera del P.C. soviético, resiste apoyado en la inercia, la incultura, la misma corrupción, el ecepticismo, el control de los factores de poder por el bipartidismo, el subdesarrollo general incluyendo al empresarial.

Me atrevo a decirlo: Venezuela no ha podido superar el lastre de la economía latifundista y esclavista, ni los conflictos — tapados hoy pero existentes — de castas, ni ha logrado trascender los términos contradictorios de su historia y de la sociedad. No hay aún Nación ni Estado. Las élites naufragaron en las guerras, la dictadura y sus despojos fueron sumergidos en el populismo si bien criollo también demagógico, improvisado en todas sus decisiones salvo en la de trepar al poder para enriquecerse. Con insistencia dolorosa golpea mi mente, desde que la leí por primera vez, esta frase tan conocida de Bolívar: **“La Independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás”**.

Frente a la realidad política, social y económica de Venezuela, decepcionante, asfixiante, me refugio en la cultura de sangre, de vivencias, de creencias, de fundaciones, de creaciones populares o individuales, con el convencimiento de que en esos cuerpo y alma del país, está la realidad profunda de nuestra transculturación y de nuestro espíritu, está lo mejor que hemos producido, un orden en medio del caos, compuesto por sueños colectivos de indios, negros y peninsulares, por analogías arquetipales insospechadas, por

proyecciones individuales iluminadoras. Afirmo antes de concluir esta intervención ofrecida a mi persona por los organizadores del Simposio, por el apreciado Julio Ortega, que tan sólo en la relación del hombre venezolano con su geografía física y metafísica; en las expresiones imponderables del folklore, del arte individual o popular, de la literatura escrita u oral, de la poesía tradicional o moderna, aparecen la calidad de inventiva americana y venezolana, la existencia más elevada y más honda de la colectividad marcada por sus guerras y violencias, por la heredad esclavista y racista, por las depredaciones de conquistadores y aventureros contemporáneos. La única novedad que podemos ofrecer es la de la tradición transculturada, la de la creación de narradores, poetas, músicos, artistas plásticos, cineastas y fotógrafos capaces de rehuir la dependencia consumista, autores de teatro y actores no contaminados por el morbo televisivo, bailarines de ritos populares o de coreografías selectas. Allí está no propiamente el Nuevo Mundo americano, sino la renovada virtud de crear contra la bajeza, la realidad de un mundo superior.